



REVISTA DE CIENCIAS, ADMINISTRACION, BELLAS ARTES Y POLÍTICA

SE PUBLICA LOS DIAS 8, 18 Y 28 DE CADA MES

Año I

Madrid 28 de enero de 1883

Núm. 3

REDACCION Y ADMINISTRACION: RUIZ, 18

SUMARIO

Impresiones de la decena, por Juan Cervera Bachiller.—*El sentido moral*, por G. Neyra Florez.—*Programas y libros de texto*, por Severino Perez.—*Las provincias ultramarinas españolas y la exposicion de Amsterdam*, por Nicolás Díaz y Perez.—*Revista extranjera*, por Antonio Balbin de Unquera.—*Recuerdos*, por E. Ferrari.—*Cantares*, por Rosa Delcampo.—*Beauchamp*, traduccion de Juan Andrés Topete.—*Notas bibliográficas*, por Antonio Hidalgo de Mobeilan.—*Espectáculos*.—*Noticias*.

IMPRESIONES DE LA DECENA

Dolorosas son las impresiones que nuestro ánimo siente en el momento en que tomamos la pluma para trazar esta crónica.

¡Triste decena!

Si viviéramos en los tiempos de Roma ó en los decadentes dias de nuestros dos últimos siglos, señalaríamos esta década con piedra negra en el altar de los recuerdos, ó diríamos que los hados habian echado la mala mirada sobre la tierra española.

Parece que el destino implacable se ha empeñado en segar una á una, sin darse punto de reposo, todas las grandes figuras contemporáneas.

Honda tristeza sentimos en el alma, y miedo y frio en el corazon.

Aquellos atletas que aparecieron en el segundo tercio de nuestro siglo para ser su ornamento y trabajar en la grandiosa obra de nuestra regeneracion artística, política y social, se dirigen á pasos agigantados hácia los abismos del no ser para hundirse en el insondable océano de lo infinito, dejándonos con la pena de llorarles el esplendor crepuscular de su grandeza y el miedo á que la generacion presente no pueda sostener sobre sus hombros el moderno olimpo que aquellos nuevos atlantes alzaron sobre sus cabezas y sostuvieron bizarramente durante medio siglo.

**

¡Matilde Díez, el marqués de Salamanca, Antonio Lopez!

Los tres acaban de descender á la tumba en breves dias.

¡Qué figuras tan gigantes los tres!
¡Y que pérdida para España!

**

Desde 1827 en que por primera vez pisó la escena, á la temprana edad de nueve años, ha sido hasta poco há Matilde Díez el alma de nuestro teatro, el espíritu creador que, dando nuevos giros al arte, ha contribuido en primera línea á la regeneracion de la escena española y de la literatura dramática, siendo su talento como el soplo vivificador que ha dado vida á las grandes creaciones de los genios españoles de la época.

Artista de corazon, dotada de talento admirable, de inspiracion profunda y de sensibilidad exquisita, Matilde ha brillado merecidamente como esplendoroso astro en el cielo del arte para embellecerlo y llenarlo con sus resplandores.

Su muerte ha causado general duelo, y todas las clases han doblado, conmovidas, su frente ante el féretro de la insigne artista, cuyos restos mortales han paseado en triunfo las calles de Madrid, honor sólo dispensado al genio.

**

Casi al mismo tiempo se desplomaba tambien en el sepulcro un hombre cuyas vastas empresas y cuyo espíritu emprendedor pocos igualarán: D. Antonio Lopez, el primer naviero español, ha muerto en Barcelona. Su laboriosidad infatigable y su singular actividad le han elevado desde modesta esfera hasta la opulencia y las primeras gradas de la escala social. Las poderosas flotas que habia creado han llevado en triunfo el pabellon español á través de los mares, y su nombre, surcando el Atlántico, ha revelado á las naciones que aún nacen en España hombres dignos de competir por su vigorosa entereza con los más osados del resto del mundo, y que tenemos aquí elementos sobrados para que nuestra marina mercante recobre la grandeza de otros tiempos.

**

D. José de Salamanca, aquel jovial estudiante de derecho, cuyos humildes manteos habian

reido indiscretamente más de una vez por las alamedas de la morisca Granada, habia llegado á ser una de las figuras más populares de nuestro país, y su nombre ha ido, durante cerca de medio siglo, envuelto en anécdotas maravillosas, haciéndole el héroe de cien cuentos orientales por su fausto asiático, su grandeza de alma y su audacia incomparable ante los obstáculos que las más rudas empresas le opusieran y que él sabia salvar siempre con su portentoso genio, como si poseyera la mágica varita de las hadas ó el talisman de los encantadores de leyenda.

Político sagaz, hombre de mundo y espíritu indomable, supo elevarse hasta las más altas jerarquías sociales y administrativas, y llegar á ser el rey de los banqueros y el primer potentado de la nacion. A su gigantesta iniciativa y á su amor patrio debe España la construccion de sus primeros ferrocarriles y de otras muchas obras públicas, Madrid gran parte de su embellecimiento y de sus mejoras, y no pocos hombres su fortuna, su nombre, su encumbramiento en una palabra.

¿Para qué hemos de referir la historia de su vida? ¿Quién habrá que la ignore? Pero sí habrá pocos que lleguen á igualarle y ninguno seguramente que pueda excederle.

El marqués de Salamanca ha muerto en su bellissima y soberbia quinta de Vista-Alegre, antigua posesion real, que el opulento millonario habia adquirido en los mejores dias de su fortuna. Ha dejado de existir, pues, casi régicamente, como habia vivido.

**

Las sesiones de los cuerpos colegisladores, y sobre todo las del congreso, se deslizan sin incidentes ruidosos. Los padres de la patria sienten frio en los escaños, y dia ha habido que el respetable y digno presidente de aquel ha tenido que suspender la sesion por falta de número de diputados para continuarla. El sol del Retiro es, sin duda, más grato que el estudio de los grandes problemas y la discusion de las reformas que el país reclama.

**

Los hábiles centralistas discurren todavía acerca de la especie de inoculacion democrática

que sufrió el gobierno presidido por el antiguo é inteligente jefe de los constitucionales. Pero confían en el porvenir y esperan que los hijos de Marte sostendrán la balanza en el fiel: y no esperan mal, á nuestro juicio.

El demócrata marqués de Sardoal y sus amigos han ingresado en las filas de la mayoría, la cual, en premio de esa adhesión, le ha elegido primer vicepresidente del congreso: síntoma indudable de la maestría del jefe del poder.

* *

En los ingresos que se habían calculado para el primer semestre de 1882-83, resulta déficit.

La bolsa se ha pronunciado en baja hace algunos días.

Se están ultimando los presupuestos para el año 1883-84.

Tres noticias para los contribuyentes que también deben de preocupar al celoso señor Pe-layo Cuesta.

* *

Parece que el ministro de Ultramar señor Nuñez de Arce, tiene varios proyectos en cartera.

El idilio de la libertad allende los mares está por hacer.

Veremos si el ministro poeta lo sabe ejecutar como cumple á su buen nombre.

* *

La plana mayor de la izquierda dinástica asistió á la recepción de palacio el día 23 con motivo de celebrarse el santo de S. M. el Rey.

¡Prueba plena! Puede otorgárseles el poder en su día, á condición de que no olviden sus promesas liberales.

* *

La bondadosa infanta doña Paz, cuyos brillantes talentos le han conquistado general simpatía como dama, como princesa y como artista, se unirá en breve con eterno lazo al príncipe Luis Adalberto de Baviera, que el día 23 ha pedido la mano de la ilustre hermana de don Alfonso XII.

Que el cielo colme de bendiciones á la joven y noble pareja.

* *

El Rey acaba de dar una prueba más de su magnanimidad y de que sabe sentir todas las grandes palpitaciones de la vida moderna y ser monarca de su tiempo.

El consejo de ministros le había propuesto solemnizar el día de su santo indultando á tres de cuatro reos que estaban sentenciados en Oviedo á la última pena: el Rey lo otorgó inmediatamente; el cuarto reo no pudo alcanzar tan señalada gracia; terribles circunstancias que en él concurrían habían hecho inexorable para él el fallo de las leyes.

Pero don Alfonso XII pensó en la vida de aquel desgraciado que habría de morir casi al mismo tiempo que la nación elevase al cielo sus votos por la ventura de la real familia, y un sentimiento de dolor inspiró un acto de misericordia al augusto soberano, que en días menos venturosos y tranquilos aprendió á sufrir antes que á reinar.

Poco después el presidente del consejo y el ministro de Gracia y Justicia oían de labios del monarca la palabra *perdon!* otorgado como una gracia especial, ya que la inflexibilidad de las leyes había cerrado al mísero reo las puertas de la salvación.

Los ministros no pudieron menos de bendecir aquel rasgo de generosidad de don Alfonso, como le bendicen ya hoy las almas bien templadas y los corazones hidalgos.

¿Qué mayor dicha para un Rey que arrancar de manos del verdugo la vida de un desgraciado?

¿Qué mejor manera de consagrar el recuerdo de un día venturoso?

Un acto de misericordia y á la vez un progreso moral y un progreso jurídico.

El príncipe que tan nobilísimos ideales abraza en su alma, es dos veces digno del trono que ocupa.

* *

En el parque de Madrid han empezado ya los trabajos para levantar el palacio destinado á la exposición de minería, cerámica y artes metalúrgicas que se proyecta celebrar el presente año en la capital de España.

Empezamos, pues, á entrar por derecho propio en el concierto de las grandes potencias; en el concierto del progreso y de la civilización, que es mil veces preferible al concierto político.

Entre una conferencia diplomática y una exposición industrial, estamos por la última.

JUAN CERVERA BACHILLER.

EL SENTIDO MORAL

Cuando el naturalista ha hecho descender de la categoría de milagros fenómenos que el procedimiento científico demuestra claramente; cuando el mecánico calcula con matemática precisión la potencia de una máquina que lleva en sí fecundos elementos de producción y de riqueza; cuando la facilidad y la economía de las comunicaciones dan al hombre la condición de cosmopolita y desarrollan y abaratan las transacciones comerciales; cuando las ciencias físicas han disipado las tinieblas del error y de la preocupación, trasportando la palabra con la rapidez del pensamiento á inmensas distancias; cuando las ciencias políticas y las relaciones de los pueblos hacen imposible la desaparición de nacionalidades enteras sólo por la ley del más fuerte, el hombre puede con razón admirar su obra y permitirse la soberbia de creerse satisfecho.

Es innegable que si se atiende solamente á los adelantos materiales de nuestra época, esa satisfacción resulta justificada. ¿Pero sucede lo mismo en orden á nuestras costumbres? El desarrollo del sentido moral ¿guarda proporcionada relación con el de las aplicaciones científicas?

La fuerza de los hechos nos mueve quizá á declararlos incompatibles. No intentaremos, sin embargo, sacar la cuestión de sus términos racionales, porque esto nos empeñaría en una disertación con ribetes de teológica, y habríamos de dividir la sociedad en dos únicas familias: la de los *incrédulos*, cuya misión es el descubrimiento de la piedra filosofal que ha de conducirnos al completo goce de las dichas terrenales, y la de los *creyentes* que, sintiéndose predestinados de Dios, quieren arrastrar el mundo á la vida de ascetismo y de estéril ociosidad que dió triste renombre á los solitarios de la antigua Tebaida.

Nada más lejos de nuestro propósito: haremos únicamente algunas consideraciones poniendo de manifiesto la aberración en que incurren todos los que, subordinando á la bondad de los resultados las condiciones de los medios puestos en juego, olvidan y con harta frecuencia desconocen la santidad que caracteriza el fin moral.

Muy complejas son las causas que apartando al hombre del recto criterio con que debe juzgar los medios de acción y apreciar los resultados positivos á que se aplican mediante el trabajo, le hacen disculpar primero y aceptar después lo que toda sana conciencia debe condenar y seguramente condena. Las necesidades de la vida moderna, tan vastas y de tan difícil satisfacción,

si como estímulos de la actividad pueden ser defendidas, ofrecen en cambio el gravísimo inconveniente de que engendran impaciencias é impulsan á veces de manera irresistible, por las sendas que directamente conducen al éxito, que es el único ideal ambicionado por la sociedad moderna, tan caritativa é indulgente con los que tocan la meta de sus aspiraciones, aunque para ello hayan pisoteado su conciencia y menoscabado derechos ajenos, y tan inflexible y despreciativa con los que en buena lid luchan ó tal vez sucumben.

No hay ley positiva, por muy sabia que la supongamos, cuyo límite de acción no esté prefijado por su propia naturaleza. En este límite precisamente empieza la incommensurable esfera de la ley moral, de carácter tan imprescriptible y de importancia tan grande, que no se comprende que sólo el código sea para muchos la irremplazable garantía del libre desenvolvimiento de la actividad humana.

El hombre de bien, y este es un caso entre infinitos que pudiéramos citar, no se preocupa de la prescripción legal que castiga el abuso de confianza. Su conciencia le dice que sería indigno, y este valladar es para él superior á todos los beneficios que la impunidad pudiera ofrecerle. El hombre pervertido, sordo á la voz del deber, se pone en acecho de las circunstancias que le permiten sustraerse á la acción de los tribunales, mide friamente el alcance de sus propósitos, y llega con frecuencia á resultados tan satisfactorios, que le hacen creerse superior á los demás cuando en realidad es más despreciable que aquellos que por tener menos suerte tropiezan en su camino con la guardia civil primero, con el calabozo y la deshonra después.

Lamentable es la lucha titánica sostenida para el logro de fines reprobados; porque si los más sucumben en ella, hay muchos que triunfan levantándose con una rapidez que está generalmente en razón inversa de la legitimidad de los medios que emplean.

El trabajo, como ley suprema de la naturaleza, ennoblece al hombre; pero de ordinario es rudo y penoso, y esto suele esterilizar el laudable afán con que se persiguen honrados fines. Por eso el que con su laboriosidad se crea una posición envidiable; el que conservando su herencia hace el bien por el bien y alcanza la estimación de los que le conocen, puede sentir legítimo orgullo; pero entiéndase que este orgullo no le corresponde de un modo exclusivo, es también de la sociedad en que vive, la cual debe honrarse honrándole y distinguiéndole. Dejar de obrar así con quien de ello es digno, y dispensar igual, ó tal vez mayor consideración, al que moralmente rebajado sólo merece desprecio, será cometer una injusticia que no tiene defensa ante el tribunal inapelable del recto sentido moral.

Es tan modesta la virtud y tan descarado el vicio, que así como hay que apartar con horror la vista del uno, se necesita fijarla con empeño en la otra, si hemos de experimentar la grata impresión que siempre produce en el ánimo del que la contempla. ¡Desdichada sociedad aquella en que fuesen objeto de discusión los conceptos de *sacrificio, honra y caridad!*

Y hé aquí cómo puede alcanzar responsabilidad á aquellos que, no teniendo ni la más leve falta reprochable, contribuyen con su indiferencia ó con un falso criterio moral á legitimar, si no á santificar en los demás, medios y fines que ellos nunca se atreverían á aceptar. La caridad rechaza el adagio de *piensa mal y acertarás*; pero la buena fe tiene sus justos límites, y así como aquel de quien se ignoran circunstancias que le deshonren ó le ennoblezcan no debe ser esti-

mado como bueno hasta que como tal se le conozca, así también debe apreciarse como indigno aquel de quien sólo lo bueno se desconoce.

Figuraos ahora un círculo de personas convencidas todas de los inicuos medios empleados por una tercera, en la cual se censuran su falta de fe política, su cinismo en los negocios en que ha intervenido, y hasta su escandalosa vida privada. Todo esto y más se pintará con los colores de justa indignación; pero tened por seguro que no faltará allí una voz que exclame como epílogo de aquella tétrica pintura del hombre: *Caballeros, eso es verdad; pero hay que confesar que tiene talento*: lo cual encierra la misma lógica que la satisfacción con que se contempla un devastador incendio, sólo porque volviese á la vida los ateridos miembros del infeliz pordiosero, ó porque templase el recóndito y silencioso estudio en que el sabio descubre una verdad.

Oís hablar de un mal esposo, de un padre que roba á sus hijos lo que prodiga á una mujer que no es la madre de ellos, cosa que nadie niega porque es pública y notoria; pues no faltará quien diga: *cierto es, pero hay que convenir en que es un hombre simpático y de gran actividad*; que es lo mismo que entusiasmarse á la vista del desbordado torrente que asola nuestros campos, por la razón suprema de que el agua es necesaria á la naturaleza toda, para fertilizar el suelo y para poner en movimiento las ruedas de potentes industrias.

Se comentan más ó menos alto las debilidades de una dama, y sus íntimas amigas, temiendo acaso ser juzgadas como ella, no se atreven á disculparla; pero sí afirmarán que es tan amable y tan obsequiosa que á la par que se sienten sus extravíos hay que quererla.

El rebajamiento moral se ostenta con las formas del vicio y la intemperancia de las pasiones, haciendo alarde de extravíos que debieran permanecer ocultos ya que no es posible evitarlos. Los atractivos de la juventud y las exigencias de la galantería contribuyen no poco á arraigar la costumbre de atenuar con aparente caridad lo que será siempre causa de dolor y objeto de execración.

Procediendo de este modo, difícil será hallar quien no esté adornado de alguna cualidad apreciable, y pronto llegará el momento en que los mayores criminales, quizá por el hecho de serlo, serán objeto de alabanzas por sus condiciones de valor, de serenidad y de fuerza física.

¿Es esta la manera general de ver las cosas?—Desgraciadamente sí.

¿Es así cómo se debe disculpar?—Afortunadamente no.

El talento, la actividad, la inteligente iniciativa son dotes estimables que elevan al que las posee sobre el nivel de los demás, cuando su empleo tiende á un fin éticamente bueno, y se truecan en armas de mala ley cuando se aprovechan con torcida intención. No de otro modo la agilidad y fuerza del brioso corcel son cualidades de grande valor cuando por ellas libra al jinete de un peligro cierto, y dejan de serlo cuando abandonado sin freno, atropella y mata bajo su planta al transeunte indefenso.

La posesión de ciertas condiciones, que sólo son loables cuando ensalzan y afirman el orden moral, no son bastantes para justificar la excesiva benevolencia con que juzgamos á los que hacen de ellas un mal uso; al contrario, y por la misma razón, débeseles la más severa justicia, pues á mayor capacidad mayor responsabilidad debe alcanzar. Una gran parte de esos seres que entre los saludos y sonrisas de los que tienen por buenos, pregonan con impúdico cinismo sus triunfos contra el código y la moral, no

hubieran arrostrado quizá los peligros del camino recorrido, si contasen con que á su término les esperaba, como merecida recompensa, el abrumador desprecio de la sociedad honrada.

Lamentable es la tolerancia que se dispensa á los que por medios poco honrosos llegan á elevadas posiciones. Este es uno de los errores que fomentan la inmoralidad de nuestras costumbres sociales. El imperio de las pasiones existirá siempre desgraciadamente; la multiplicidad de las esferas en que la febril actividad del hombre se ejercita, puede llevar á éste á cometer faltas algunas veces disculpables; el *desideratum* de la perfección es irrealizable, lo sabemos; pero lo que sí urge hacer para que el mal desaparezca, es depurar el sentido moral, para que los buenos desprecien sin reservas á todos los que atropellen los principios fundamentales de la sociedad. No basta mirarlos como escollos inevitables, ni son suficientes la tolerancia y el olvido de las miserias de la vida; es preciso no ser cómplices de ellas, transigiendo como por hábito con los que son perversos de corazón y descaradamente incorregibles.

El mal está tan arraigado, que generalmente á la exaltación de un vicio corresponde el desprestigio de una virtud; á la consideración con que se mira la deslumbradora fortuna, producto del robo ó del engaño, sigue al menosprecio del trabajo honrado y de los esfuerzos de la modestia; al saludar con galante sonrisa á la mujer impúdica que pisotea los santos lazos de la familia, se menoscaba el aprecio y la admiración debidos á la que cumple dignamente el destino á que es llamada.

Hoy que el natural progreso de las ideas ha hecho desaparecer antiguos privilegios; hoy que la fraternidad universal se impone haciendo iguales á los hombres ante la ley, que es el deber escrito; hoy que se dice que una de las primeras aristocracias, si no la única, es la del talento, debemos concretar en algo positivo y real el absoluto sentido con que todo esto se proclama.

Es el talento dón divino inapreciable; pero hay derecho á exigir que no sea la legitimación de las grandes iniquidades; que á los deslumbradores éxitos de rápidos y tortuosos negocios y que á la brillantez de no legitimadas exhibiciones, se oponga como correctivo el estigma del claro sentido moral para que sin culpables transigencias se consoliden los fundamentos en que la sociedad debe descansar: *el trabajo y la honradez*.

G. NEYRA FLOREZ.

PROGRAMAS Y LIBROS DE TEXTO

¿Qué es más importante, el programa ó el libro?

Si á mí se me hiciera esta pregunta, respondería á manera de ergotista latino: *distingo tempora*. Cuando se dan un programa excelente y un libro que no lo es, prefiero el programa, porque con buenos planos no es difícil que el arquitecto levante un soberbio edificio: cuando se ofrece un libro bien pensado, aunque no esté perfectamente escrito, lo que se necesita son discípulos aplicados, el programa le hace cualquiera. Y como ambos son coetáneos en el orden ideológico, para mí no es cuestionable su importancia relativa si el uno está calcado en el otro. No es este, pues, el lado saliente que da trascendencia á mi asunto.

Entre los diferentes títulos de que se compone un plan general de instrucción pública, ninguno es de tanto interés como el que determina las relaciones didácticas del profesor con el alumno, y dentro de él nada reclama con mayor necesidad una sabia reglamentación que lo

relativo á las funciones primordiales de la transmisión de la ciencia, la cual debe ser trazada en el programa, expuesta en el libro y en la cátedra, comprobada en el experimento y llevada á provechosa práctica en el terreno de las aplicaciones.

La dignidad y prestigio que rodean el sitio del que enseña, no permiten otras aspiraciones que el respeto sumo á la verdad y la constante aplicación de los medios que mejor cuadren á los propósitos del que la aprende.

La conferencia que no obedece á otra norma que los preceptos retóricos ni tiene otro precedente que la enunciación del tema ó el mero recuerdo de la explicación anterior, sólo encuentra adecuado lugar en la academia ó en el ateneo, donde el orador puede conquistar aplauso y reputación; recompensa que el auditorio otorga de buen grado, porque de ordinario no busca allí sino instructivo esparcimiento.

Pero la lección que se pronuncia en el aula con el preferente objeto de enseñar debe sujetarse á la severidad de los principios pedagógicos, preparándola con un sumario de los puntos que abraza y con los párrafos del libro en que se hace su exposición, á fin de que el alumno, escuchándola convenientemente dispuesto, pueda retenerla con facilidad y dar cuenta de ella en su día ante el tribunal de exámen.

Cuando no se llenan estos requisitos capitalísimos de la enseñanza, el estudiante se ve precisado á recurrir á los apuntes, que no siempre le es dado formar con brevedad y exactitud, y de tropiezo en tropiezo llega hasta el aburrimiento y concluye por abandonarse, víctima de un infructuoso cansancio.

El programa y el libro, que son las dos formas complementarias del conocimiento escrito y que por sí solos producen con frecuencia estudiantes de provecho, además de preceder á toda explicación oral y de mantenerse en constante acuerdo para que el alumno no invierta un tiempo precioso en notas marginales y en extractos que hacen de la obra de texto un auxiliar inútil ó demasiado caro, han de obedecer en su organismo á principios inalterables para que la ciencia y su exposición estén al abrigo de veleidades profesionales que perturban la marcha natural de la enseñanza y hacen ilusorios ó muy tardíos los adelantos del estudiante, hácia cuyo bien deben encaminarse siempre las reformas sobre instrucción pública, puesto que el maestro ha ocupado, antes de serlo, el honroso banco del discípulo.

En este punto no es lícito dar facultades al uno con perjuicio del otro; y si en ello se ha ido quizá demasiado lejos, tiempo es de volver sobre lo hecho y de fijar, con la autoridad de la ley, los requisitos que han de llenar el programa y la obra de texto, no sólo con el fin de poner remedio á un mal de graves consecuencias con relación á los intereses morales de la sociedad, sino para que el alumno adelante más trabajando menos; para que, al pasar de la escuela al instituto y de éste á la universidad, no tenga que aprender una misma ciencia con definiciones y proceso metódico diferentes ó tal vez contrarios.

Lo primero se consigue poniendo programa y libro en mutua correspondencia, mediante la unidad de su construcción; lo segundo, adoptando unos mismos en los establecimientos de igual enseñanza; y lo último, haciendo que entre los grados de una asignatura no haya otra diferencia que la del más al menos; esto es, que el libro de la escuela *compendie* el del instituto, y que el de la universidad, ó sea el de estudios superiores, constituya una *ampliación* de éste en todo ó en parte, según la profesión ú oficio para que haya de habilitar.

El libro que se ponga en manos del niño no